



H. P. Lovecraft
Las ratas de
las paredes

E LEJANDRIA

LAS RATAS DE LAS PAREDES

H. P. LOVECRAFT

1924

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO**

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

Las ratas de las paredes

Publicado por primera vez en Weird Tales, marzo de 1924

El 16 de julio de 1923 me instalé en el Priorato de Exham, después de que el último obrero terminara su trabajo. La restauración había sido una tarea estupenda, ya que del edificio abandonado no quedaba más que una ruina en forma de caparazón; sin embargo, como había sido la sede de mis antepasados, no dejé que los gastos me disuadieran. El lugar no había sido habitado desde el reinado de Jacobo I, cuando una tragedia de naturaleza intensamente espantosa, aunque en gran medida inexplicable, había acabado con el amo, cinco de sus hijos y varios sirvientes, y había expulsado bajo una nube de sospecha y terror al tercer hijo, mi progenitor en línea y único superviviente del aborrecido linaje.

Con este único heredero denunciado como asesino, la hacienda había revertido a la corona, y el acusado no había hecho ningún intento de exculparse ni de recuperar su propiedad. Sacudido por un horror mayor que el de la conciencia o la ley, y expresando sólo un deseo frenético de excluir el antiguo edificio de su vista y su memoria, Walter de la Poer, undécimo barón de Exham, huyó a Virginia y allí fundó la familia que en el siglo siguiente se conocía como Delapore.

El Priorato de Exham había permanecido sin ocupar, aunque más tarde fue asignado a las propiedades de la familia Norrys y fue muy estudiado por su peculiar arquitectura compuesta; una arquitectura que incluía torres góticas que descansaban sobre una subestructura sajona o románica, cuyos cimientos eran a su vez de un orden aún más antiguo o una mezcla de órdenes: romano, e incluso druídico o címico nativo, si las leyendas hablan con verdad. Estos cimientos

eran muy singulares, ya que se fundían por un lado con la sólida piedra caliza del precipicio desde cuyo borde el priorato dominaba un valle desolado a tres millas al oeste del pueblo de Anchester.

A los arquitectos y anticuarios les encantaba examinar esta extraña reliquia de siglos olvidados, pero la gente del campo la odiaba. Lo habían odiado cientos de años antes, cuando mis antepasados vivían allí, y lo odiaban ahora, con el musgo y el moho del abandono. No había estado ni un día en Anchester antes de saber que venía de una casa maldita. Y esta semana los obreros han volado el Priorato de Exham, y están ocupados borrando las huellas de sus cimientos. Siempre conocí las estadísticas de mi ascendencia, junto con el hecho de que mi primer antepasado americano había llegado a las colonias bajo una extraña nube. Sin embargo, la política de reticencia que siempre mantuvieron los Delapores me mantenía totalmente al margen de los detalles. A diferencia de nuestros vecinos plantadores, rara vez nos jactábamos de tener antepasados cruzados u otros héroes medievales y renacentistas; tampoco se transmitía ningún tipo de tradición, salvo lo que podía constar en el sobre sellado que cada terrateniente dejaba antes de la Guerra Civil a su hijo mayor para que lo abriera a título póstumo. Las glorias que atesorábamos eran las conseguidas desde la migración; las glorias de una línea de Virginia orgullosa y honorable, aunque algo reservada y poco social.

Durante la guerra, nuestra fortuna se extinguió y toda nuestra existencia cambió con el incendio de Carfax, nuestro hogar a orillas del James. Mi abuelo, de edad avanzada, pereció en aquel atentado incendiario, y con él el sobre que nos unía a todos al pasado. Hoy puedo recordar aquel incendio como lo vi entonces, a la edad de siete años, con los soldados federales gritando, las mujeres gritando y los negros aullando y rezando. Mi padre estaba en el ejército, defendiendo Richmond, y después de muchas formalidades mi madre y yo pasamos por las líneas para unirnos a él.

Cuando terminó la guerra nos trasladamos todos al norte, de donde había venido mi madre; y yo llegué a la edad adulta, a la madurez y a la riqueza final como un yanqui robusto. Ni mi padre ni yo supimos nunca lo que contenía nuestra envoltura hereditaria, y al fundirme en la grisura de la vida comercial de Massachusetts perdí todo interés en los misterios que evidentemente acechaban en el árbol genealógico. Si hubiera sospechado su naturaleza, ¡con qué gusto habría abandonado el Priorato de Exham a su musgo, murciélagos y telarañas!

Mi padre murió en 1904, pero sin ningún mensaje que dejarme a mí o a mi único hijo, Alfred, un niño huérfano de madre de diez años. Fue este niño quien invirtió el orden de la información familiar, pues aunque yo sólo podía darle conjeturas jocosas sobre el pasado, me escribió sobre algunas leyendas ancestrales muy interesantes cuando la última guerra lo llevó a Inglaterra en 1917 como oficial de aviación. Al parecer, los Delapores tenían una historia pintoresca y tal vez siniestra, ya que un amigo de mi hijo, el capitán Edward Norrys, del Real Cuerpo Aéreo, vivía cerca de la sede de la familia en Anchester y relataba algunas supersticiones campesinas que pocos novelistas podrían igualar en cuanto a salvajismo e incredulidad. El propio Norrys, por supuesto, no las tomaba tan en serio; pero divertían a mi hijo y constituían un buen material para sus cartas a mí. Fueron estas leyendas las que dirigieron definitivamente mi atención hacia mi herencia transatlántica, y me hicieron tomar la decisión de comprar y restaurar la sede familiar que Norrys mostró a Alfred en su pintoresco abandono, y que se ofreció a conseguir para él a una cifra sorprendentemente razonable, ya que su propio tío era el actual propietario.

Compré el Priorato de Exham en 1918, pero casi inmediatamente me distrajo de mis planes de restauración el regreso de mi hijo como inválido mutilado. Durante los dos años que vivió no pensé en otra

cosa que en su cuidado, habiendo incluso puesto mi negocio bajo la dirección de socios.

En 1921, al encontrarme desconsolado y sin rumbo, un fabricante jubilado que ya no era joven, resolví distraer los años que me quedaban con mi nueva posesión. De visita en Anchester en diciembre, fui agasajado por el capitán Norrys, un joven regordete y amable que había pensado mucho en mi hijo, y conseguí su ayuda para reunir planos y anécdotas que me sirvieran de guía en la próxima restauración. El Priorato de Exham lo vi sin emoción, un amasijo de ruinas medievales tambaleantes, cubiertas de líquenes y con nidos de grajos, encaramado peligrosamente en un precipicio y sin suelos ni otros elementos interiores, salvo los muros de piedra de las distintas torres.

A medida que iba recuperando la imagen del edificio tal y como había sido cuando mis antepasados lo abandonaron más de tres siglos antes, comencé a contratar obreros para la reconstrucción. En todos los casos me vi obligado a salir de la localidad inmediata, ya que los habitantes de Anchester sentían un miedo y un odio casi increíbles hacia el lugar. El sentimiento era tan grande que a veces se transmitía a los trabajadores de fuera, provocando numerosas deserciones; mientras que su alcance parecía incluir tanto al priorato como a su antigua familia.

Mi hijo me había dicho que se le evitaba un poco durante sus visitas por ser un de la Poer, y ahora me encontré sutilmente condenado al ostracismo por una razón similar, hasta que convencí a los campesinos de lo poco que sabía de mi herencia. Incluso entonces les caí mal, de modo que tuve que recoger la mayoría de las tradiciones del pueblo por mediación de Norrys. Lo que el pueblo no podía perdonar, tal vez, era que yo hubiera venido a restaurar un símbolo tan aborrecible para ellos; pues, racionalmente o no,

consideraban el Priorato de Exham nada menos que una guarida de demonios y hombres lobo.

Reuniendo los relatos que Norrys recogió para mí, y complementándolos con los relatos de varios sabios que habían estudiado las ruinas, deduje que el Priorato de Exham se encontraba en el emplazamiento de un templo prehistórico; algo druídico o predruídico que debía ser contemporáneo de Stonehenge. Que allí se habían celebrado ritos indescriptibles, pocos lo dudaban, y había historias desagradables de la transferencia de estos ritos al culto de Cibeles que habían introducido los romanos.

Las inscripciones aún visibles en el subsuelo llevaban letras tan inconfundibles como "DIV . . . OPS . . . MAGNA. MAT . . .", signo de la Magna Mater cuyo oscuro culto fue en su día vanamente prohibido a los ciudadanos romanos. Anchester había sido el campamento de la tercera legión augusta, como atestiguan muchos restos, y se decía que el templo de Cibeles era espléndido y estaba atestado de adoradores que realizaban ceremonias sin nombre a las órdenes de un sacerdote frigio. Los relatos añadían que la caída de la antigua religión no puso fin a las orgías en el templo, sino que los sacerdotes seguían viviendo en la nueva fe sin un verdadero cambio. Asimismo, se decía que los ritos no desaparecieron con el poder romano, y que algunos de los sajones añadieron a lo que quedaba del templo, y le dieron el esquema esencial que posteriormente conservó, convirtiéndolo en el centro de un culto temido a través de la mitad de la heptarquía. Hacia el año 1000 d.C. se menciona el lugar como un importante priorato de piedra que albergaba una extraña y poderosa orden monástica y que estaba rodeado de extensos jardines que no necesitaban muros para excluir a una población asustada. Nunca fue destruido por los daneses, aunque después de la conquista normanda debió de decaer enormemente, ya que no hubo ningún impedimento cuando

Enrique III concedió el lugar a mi antepasado, Gilbert de la Poer, primer barón de Exham, en 1261.

De mi familia antes de esta fecha no hay ningún informe maligno, pero algo extraño debió de ocurrir entonces. En una crónica se hace referencia a un de la Poer como "maldito por Dios en 1307", mientras que la leyenda del pueblo no tenía más que maldad y miedo frenético que contar sobre el castillo que se levantó sobre los cimientos del antiguo templo y priorato. Los relatos junto a la chimenea eran de la más espeluznante descripción, tanto más horripilante por su asustada reticencia y su turbia evasión. Representaban a mis antepasados como una raza de demonios hereditarios, al lado de los cuales Gilles de Retz y el Marqués de Sade parecerían los más auténticos tiranos, e insinuaban en voz baja su responsabilidad en las ocasionales desapariciones de aldeanos a lo largo de varias generaciones.

Los peores personajes, aparentemente, eran los barones y sus herederos directos; al menos, lo que más se susurraba sobre éstos. Se decía que, si tenía inclinaciones más sanas, un heredero moría temprana y misteriosamente para dejar paso a otro vástago más típico. Parecía haber un culto interno en la familia, presidido por el jefe de la casa, y a veces cerrado excepto para unos pocos miembros. El temperamento, más que la ascendencia, era evidentemente la base de este culto, pues en él entraron varios de los que se casaron con la familia. Lady Margaret Trevor, de Cornualles, esposa de Godofredo, el segundo hijo del quinto barón, se convirtió en la perdición favorita de los niños de toda la campiña, y en la heroína daimonionada de una vieja balada particularmente horrible que aún no se ha extinguido cerca de la frontera galesa. También se conserva en la balada, aunque no ilustra el mismo punto, la horrible historia de Lady Mary de la Poer, que poco después de su matrimonio con el conde de Shrewsfield fue asesinada por él y su madre, siendo ambos asesinos absueltos y

bendecidos por el sacerdote al que confesaron lo que no se atrevieron a repetir al mundo.

Estos mitos y baladas, típicos de la cruda superstición, me repugnaban enormemente. Su persistencia, y su aplicación a una línea tan larga de mis antepasados, eran especialmente molestas; mientras que las imputaciones de hábitos monstruosos recordaban desagradablemente el único escándalo conocido de mis antepasados inmediatos: el caso de mi primo, el joven Randolph Delapore de Carfax, que se fue entre los negros y se convirtió en sacerdote vudú después de regresar de la Guerra de México.

Me inquietaban mucho menos los relatos más vagos de lamentos y aullidos en el valle estéril y azotado por el viento bajo el acantilado de piedra caliza; de los hedores del cementerio después de las lluvias de primavera; de la cosa blanca flotante y chillona sobre la que el caballo de Sir John Clave había tropezado una noche en un campo solitario; y del sirviente que se había vuelto loco ante lo que vio en el priorato a plena luz del día. Estas cosas eran una tradición espectral muy extendida, y yo era entonces un escéptico empedernido. Los relatos de campesinos desaparecidos eran menos despreciables, aunque no eran especialmente significativos en vista de las costumbres medievales. La curiosidad indiscreta significaba la muerte, y más de una cabeza cortada había sido mostrada públicamente en los bastiones -ahora borrados- alrededor del Priorato de Exham.

Algunos de los relatos eran sumamente pintorescos y me hicieron desear haber aprendido más de la mitología comparada en mi juventud. Existía, por ejemplo, la creencia de que una legión de demonios con alas de murciélago celebraba cada noche el sábado de brujas en el priorato, una legión cuyo sustento podría explicar la desproporcionada abundancia de hortalizas gruesas cosechadas en

los vastos jardines. Y, lo más vívido de todo, era la dramática epopeya de las ratas: el ejército de alimañas obscenas que había irrumpido en el castillo tres meses después de la tragedia que lo condenó a la deserción; el ejército magro, sucio y voraz que había arrasado con todo y devorado aves, gatos, perros, cerdos, ovejas e incluso dos desventurados seres humanos antes de que se agotara su furia. Alrededor de ese inolvidable ejército de roedores gira todo un ciclo de mitos, ya que se dispersó entre los hogares de la aldea y trajo consigo maldiciones y horrores.

Tales eran las leyendas que me asaltaban mientras empujaba hasta el final, con una obstinación de anciano, el trabajo de restauración de mi hogar ancestral. No debe imaginarse ni por un momento que estos relatos constituían mi principal entorno psicológico. Por otra parte, el capitán Norrys y los anticuarios que me rodeaban y ayudaban me alababan y animaban constantemente. Cuando la tarea estuvo terminada, más de dos años después de su inicio, contemplé las grandes salas, las paredes con arcos, los techos abovedados, las ventanas con parteluz y las amplias escaleras con un orgullo que compensaba plenamente el prodigioso gasto de la restauración.

Todos los atributos de la Edad Media se habían reproducido con astucia y las nuevas partes se mezclaban perfectamente con las paredes y los cimientos originales. La sede de mis padres estaba completa, y yo esperaba redimir por fin la fama local del linaje que terminaba en mí. Podría residir aquí permanentemente y demostrar que un de la Poer (pues había adoptado de nuevo la ortografía original del nombre) no tiene por qué ser un demonio. Mi comodidad aumentaba quizá por el hecho de que, aunque el Priorato de Exham estaba medianamente acondicionado, su interior era en verdad totalmente nuevo y estaba libre de viejas alimañas y viejos fantasmas por igual.

Como he dicho, me mudé el 16 de julio de 1923. Mi casa estaba compuesta por siete sirvientes y nueve gatos, a los que tengo especial cariño. Mi gato mayor, "Nigger-Man", tenía siete años y había venido conmigo desde mi casa en Bolton, Massachusetts; los demás los había acumulado mientras vivía con la familia del capitán Norrys durante la restauración del priorato.

Durante cinco días nuestra rutina se desarrolló con la mayor placidez, dedicando mi tiempo principalmente a la codificación de antiguos datos familiares. Ahora había obtenido algunos relatos muy circunstanciales sobre la tragedia final y la huida de Walter de la Poer, que concebí como el probable contenido del papel hereditario perdido en el incendio de Carfax. Al parecer, mi antepasado fue acusado con mucha razón de haber matado a todos los demás miembros de su casa, excepto a cuatro sirvientes confederados, mientras dormían, unas dos semanas después de un espeluznante descubrimiento que cambió toda su conducta, pero que, salvo por implicación, no reveló a nadie, salvo quizás a los sirvientes que le ayudaron y que después huyeron fuera de su alcance.

Esta matanza deliberada, que incluyó a un padre, tres hermanos y dos hermanas, fue ampliamente condonada por los aldeanos y tratada con tanta indulgencia por la ley que su autor escapó honrado, ileso y sin disimulo a Virginia; el sentimiento general susurrado era que había purgado la tierra de una maldición inmemorial. Apenas podía conjeturar qué descubrimiento había motivado un acto tan terrible. Walter de la Poer debía de conocer desde hacía años las historias siniestras sobre su familia, de modo que este material no podía darle un nuevo impulso. Entonces, ¿había sido testigo de algún espantoso rito antiguo, o había tropezado con algún símbolo espantoso y revelador en el priorato o en sus alrededores? Tenía fama de haber sido un joven tímido y amable en Inglaterra. En Virginia no parecía tan duro o amargado como acosado y aprensivo. En el diario de otro caballero aventurero,

Francis Harley de Bellview, se hablaba de él como un hombre de justicia, honor y delicadeza inigualables.

El 22 de julio se produjo el primer incidente que, aunque en su momento se desestimó a la ligera, adquiere un significado preternatural en relación con los acontecimientos posteriores. Fue tan simple como casi insignificante, y no podría haber sido notado bajo las circunstancias; pues debe recordarse que, dado que me encontraba en un edificio prácticamente nuevo a excepción de las paredes, y rodeado de un personal de servicio bien equilibrado, la aprensión habría sido absurda a pesar del lugar.

Lo que recordé después es simplemente esto: que mi viejo gato negro, cuyos estados de ánimo conozco tan bien, estaba indudablemente alerta y ansioso hasta un punto totalmente ajeno a su carácter natural. Vagaba de una habitación a otra, inquieto y perturbado, y olfateaba constantemente las paredes que formaban parte de la estructura gótica. Me doy cuenta de lo trillado que suena esto -como el inevitable perro de la historia de fantasmas, que siempre gruñe antes de que su amo vea la figura de la sábana-, pero no puedo reprimirlo sistemáticamente.

Al día siguiente, un criado se quejó de la inquietud de todos los gatos de la casa. Vino a verme a mi estudio, una elevada habitación del oeste en el segundo piso, con arcos estriados, paneles de roble negro y una triple ventana gótica con vistas al acantilado de piedra caliza y al valle desolado; e incluso mientras hablaba vi la forma azabache del Hombre-Negro arrastrándose a lo largo de la pared del oeste y arañando los nuevos paneles que cubrían la antigua piedra.

Le dije al hombre que debía haber un olor o una emanación singular de la antigua piedra, imperceptible para los sentidos humanos, pero

que afectaba a los delicados órganos de los gatos incluso a través de la nueva carpintería. Esto lo creí realmente, y cuando el hombre sugirió la presencia de ratones o ratas, mencioné que no había habido ratas allí desde hacía trescientos años, y que incluso los ratones de campo del país circundante difícilmente podrían encontrarse en estos altos muros, donde nunca se había sabido que se perdieran. Aquella tarde llamé al capitán Norryst, y me aseguró que sería bastante increíble que los ratones de campo infestaran el priorato de una manera tan repentina y sin precedentes.

Aquella noche, prescindiendo como de costumbre de un ayuda de cámara, me retiré a la cámara de la torre oeste que había elegido como propia, a la que se accedía desde el estudio por una escalera de piedra y una corta galería, la primera en parte antigua, la segunda totalmente restaurada. Esta habitación era circular, muy alta y sin revestimiento, ya que estaba colgada con las arras que yo mismo había elegido en Londres.

Al ver que Nigger-Man estaba conmigo, cerré la pesada puerta gótica y me retiré a la luz de las bombillas eléctricas que tan hábilmente imitaban a las velas, apagando finalmente la luz y hundiéndome en el cuádruple poste tallado y con dosel, con el venerable gato en su acostumbrado lugar a mis pies. No corrí las cortinas, sino que contemplé la estrecha ventana a la que daba. Había una sospecha de aurora en el cielo, y los delicados trazos de la ventana se silueteaban agradablemente.

En algún momento debí quedarme tranquilamente dormido, pues recuerdo una clara sensación de haber abandonado los sueños extraños, cuando el gato se levantó violentamente de su plácida posición. Lo vi en el tenue resplandor de la aurora, con la cabeza inclinada hacia delante, las patas delanteras sobre mis tobillos y las traseras estiradas hacia atrás. Miraba intensamente a un punto de la

pared situado un poco al oeste de la ventana, un punto que a mis ojos no tenía nada que lo señalara, pero hacia el cual se dirigía ahora toda mi atención.

Y mientras observaba, supe que el Hombre-Negro no estaba excitado en vano. No puedo decir si las arras se movieron realmente. Creo que sí, muy ligeramente. Pero lo que sí puedo jurar es que detrás de ellas oí un escarceo bajo y claro, como el de las ratas o los ratones. En un momento, el gato había saltado sobre el tapiz, haciendo caer la parte afectada al suelo con su peso y dejando al descubierto una antigua y húmeda pared de piedra, remendada aquí y allá por los restauradores, y sin rastro de roedores.

El Hombre-Negro corrió de un lado a otro del suelo junto a esta parte de la pared, arañando las arras caídas y aparentemente intentando a veces introducir una pata entre la pared y el suelo de roble. No encontró nada y, al cabo de un rato, regresó cansado a su lugar a mis pies. No me había movido, pero aquella noche no volví a dormir.

Por la mañana pregunté a todos los criados, y descubrí que ninguno de ellos había notado nada extraño, salvo que la cocinera recordaba las acciones de un gato que había descansado en el alféizar de su ventana. Este gato había aullado a una hora desconocida de la noche, despertando a la cocinera a tiempo para que lo viera salir a toda prisa por la puerta abierta hacia la escalera. Pasé el mediodía durmiendo, y por la tarde volví a visitar al capitán Norrys, que se interesó mucho por lo que le conté. Los extraños incidentes -tan leves y a la vez tan curiosos- apelaron a su sentido de lo pintoresco y le hicieron recordar varias cosas de la tradición fantasmal local. Estábamos realmente perplejos por la presencia de ratas, y Norrys

me prestó algunas trampas y verde París, que hice colocar a los criados en lugares estratégicos cuando regresé.

Me retiré temprano, con mucho sueño, pero me acosaron sueños del tipo más horrible. Me parecía estar contemplando desde una inmensa altura una gruta sombría, llena de mugre hasta las rodillas, en la que un demoníaco porquero de barba blanca conducía con su bastón un rebaño de bestias fúngicas y flácidas cuyo aspecto me producía una repugnancia indecible. Entonces, cuando el porquero se detuvo y asintió sobre su tarea, un poderoso enjambre de ratas llovió sobre el apestoso abismo y cayó devorando a bestias y hombres por igual.

De esta terrorífica visión me despertaron bruscamente los movimientos del Hombre-Negro, que había estado durmiendo como de costumbre a mis pies. Esta vez no tuve que cuestionar el origen de sus gruñidos y siseos, y del miedo que le hacía hundir sus garras en mi tobillo, inconsciente de su efecto; porque en todos los lados de la cámara las paredes estaban vivas con un sonido nauseabundo: el deslizamiento verminoso de ratas voraces y gigantescas. Ahora no había ninguna aurora que mostrara el estado de las arras, cuya sección caída había sido reemplazada, pero no me asusté demasiado como para encender la luz.

Cuando los focos saltaron a la luz, vi un horrible temblor en todo el tapiz, haciendo que los diseños, un tanto peculiares, ejecutaran una singular danza de la muerte. Este movimiento desapareció casi de inmediato, y el sonido con él. Levantándome de la cama, pinché las arras con el largo mango de una cacerola que estaba cerca, y levanté una parte para ver qué había debajo. No había nada más que la pared de piedra remendada, e incluso el gato había perdido su tensa percepción de presencias anormales. Cuando examiné la trampa circular que había sido colocada en la habitación, encontré

todas las aberturas abiertas, aunque no quedaba ningún rastro de lo que había sido atrapado y había escapado.

No era posible seguir durmiendo, así que, encendiendo una vela, abrí la puerta y salí a la galería en dirección a las escaleras de mi estudio, con Nigger-Man siguiéndome los talones. Sin embargo, antes de que llegáramos a los escalones de piedra, el gato se adelantó a mí y desapareció por la antigua escalera. Al bajar yo mismo las escaleras, me di cuenta de repente de los sonidos que se producían en la gran sala de abajo; sonidos de una naturaleza que no se podía confundir.

Las paredes con paneles de roble estaban llenas de ratas, que correteaban y se arremolinaban, mientras que el Hombre-Negro corría con la furia de un cazador desconcertado. Al llegar al fondo, encendí la luz, lo que no hizo que esta vez disminuyera el ruido. Las ratas continuaron su alboroto, estampando con tal fuerza y nitidez que finalmente pude asignar a sus movimientos una dirección definida. Estas criaturas, en número aparentemente inagotable, estaban comprometidas en una estupenda migración desde alturas inconcebibles hasta alguna profundidad concebible o inconcebiblemente inferior.

Oí ahora unos pasos en el pasillo, y en otro momento dos sirvientes abrieron de un empujón la enorme puerta. Estaban buscando en la casa alguna fuente desconocida de perturbación que había sumido a todos los gatos en un gruñido de pánico y les había hecho bajar precipitadamente varios tramos de escaleras y ponerse en cuclillas, aullando, ante la puerta cerrada del subsótano. Les pregunté si habían oído a las ratas, pero respondieron negativamente. Y cuando me volví para llamar su atención sobre los sonidos en los paneles, me di cuenta de que el ruido había cesado.

Con los dos hombres, bajé a la puerta del subsuelo, pero encontré que los gatos ya se habían dispersado. Más tarde decidí explorar la cripta de abajo, pero por el momento me limité a hacer una ronda por las trampas. Todas habían sido activadas, pero todas estaban intactas. Satisfecho de que nadie había oído a las ratas, salvo los felinos y yo, me senté en mi estudio hasta la mañana, pensando profundamente y recordando cada trozo de leyenda que había desenterrado sobre el edificio que habitaba. Dormí un poco por la mañana, recostado en el único sillón cómodo de la biblioteca que mi plan medieval de mobiliario no pudo desterrar. Más tarde llamé por teléfono al capitán Norrys, que vino y me ayudó a explorar el subsuelo.

No encontramos absolutamente nada extraño, aunque no pudimos reprimir una emoción al saber que esta bóveda había sido construida por manos romanas. Todos los arcos bajos y los pilares macizos eran romanos, no el degradado románico de los chapuceros sajones, sino el severo y armonioso clasicismo de la época de los césares; de hecho, en las paredes abundaban las inscripciones conocidas por los anticuarios que habían explorado repetidamente el lugar, cosas como "P. GETAE. PROP... TEMP . . . DONA . . ." y "L. PRAEG . . . VS . . . PONTIFI . . ATYS . . ."

La referencia a Atys me hizo estremecer, pues había leído a Catulo y conocía algo de los horribles ritos del dios oriental, cuyo culto estaba tan mezclado con el de Cibele. Norrys y yo, a la luz de las linternas, tratamos de interpretar los extraños y casi borrados diseños de ciertos bloques de piedra irregularmente rectangulares que generalmente se consideran altares, pero no pudimos hacer nada con ellos. Recordamos que uno de los motivos, una especie de sol rayado, era considerado por los estudiantes como de origen no romano, lo que sugería que estos altares habían sido simplemente adoptados por los sacerdotes romanos de algún templo más antiguo y quizás aborigen del mismo lugar. En uno de

estos bloques había unas manchas marrones que me hicieron dudar. El más grande, situado en el centro de la sala, tenía ciertos rasgos en la superficie superior que indicaban su relación con el fuego, probablemente ofrendas quemadas.

Tales eran las vistas en aquella cripta ante cuya puerta aullaban los gatos, y donde Norrys y yo decidimos pasar la noche. Los sirvientes bajaron los sofás y les dijeron que no se preocuparan por las acciones nocturnas de los gatos, y el Hombre-Negro fue admitido tanto por ayuda como por compañía. Decidimos mantener la gran puerta de roble -una réplica moderna con rendijas para la ventilación- bien cerrada; y, una vez hecho esto, nos retiramos con las linternas aún encendidas para esperar lo que pudiera ocurrir.

La bóveda se encontraba en lo más profundo de los cimientos del priorato y, sin duda, en la cara del escarpado acantilado de piedra caliza que dominaba el valle. No podía dudar de que había sido el objetivo de las inexplicables ratas, aunque no podía decir por qué. Mientras permanecíamos allí expectantes, descubrí que mi vigilia se mezclaba ocasionalmente con sueños a medio formar de los que me despertaban los inquietos movimientos del gato sobre mis pies.

Estos sueños no eran saludables, sino que se parecían horriblemente a los que había tenido la noche anterior. Volví a ver la gruta de la penumbra y al porquero con sus innombrables bestias fúngicas revolcándose en la inmundicia, y al mirar estas cosas me parecieron más cercanas y más nítidas, tan nítidas que casi podía observar sus rasgos. Entonces observé los rasgos flácidos de uno de ellos, y me desperté con un grito tal que Nigger-Man se puso en marcha, mientras el capitán Norrys, que no había dormido, se reía considerablemente. Norrys podría haberse reído más -o quizás menos- si hubiera sabido qué era lo que me hacía gritar. Pero no me

acordé hasta más tarde. El horror final a menudo paraliza la memoria de una manera misericordiosa.

Norrys me despertó cuando comenzaron los fenómenos. Del mismo sueño espantoso me llamaron sus suaves sacudidas y su insistencia en que escuchara a los gatos. En efecto, había mucho que escuchar, pues al otro lado de la puerta cerrada, en la cabecera de la escalera de piedra, había una verdadera pesadilla de gritos y zarpazos felinos, mientras el Hombre-Negro, sin preocuparse de sus congéneres de fuera, corría excitado por los desnudos muros de piedra, en los que oí la misma babel de ratas correteando que me había preocupado la noche anterior.

Un agudo terror surgió ahora dentro de mí, pues aquí había anomalías que nada normal podía explicar. Estas ratas, si no eran las criaturas de una locura que yo compartía sólo con los gatos, debían estar escarbando y deslizándose en los muros romanos que yo había creído que eran sólidos bloques de piedra caliza... a menos que tal vez la acción del agua a lo largo de más de diecisiete siglos hubiera carcomido túneles sinuosos que los cuerpos de los roedores habían desgastado de forma clara y amplia... Pero aun así, el horror espectral no era menor; pues si se trataba de alimañas vivas, ¿por qué Norrys no oía su repugnante alboroto? ¿Por qué me instó a vigilar a Nigger-Man y a escuchar a los gatos de afuera, y por qué adivinó salvaje y vagamente lo que podría haberlos despertado?

Para cuando logré decirle, tan racionalmente como pude, lo que creía oír, mis oídos me dieron la última impresión de escarceo; que se había retirado aún hacia abajo, muy por debajo de este profundo subsuelo, hasta que parecía que todo el acantilado de abajo estaba plagado de ratas buscadoras. Norrys no se mostró tan escéptico como yo había previsto, sino que pareció profundamente conmovido. Me indicó que observara que los gatos de la puerta

habían cesado su clamor, como si dieran a las ratas por perdidas; mientras que Nigger-Man tuvo un estallido de renovada inquietud, y estaba arañando frenéticamente alrededor del fondo del gran altar de piedra en el centro de la habitación, que estaba más cerca del sofá de Norrys que del mío.

Mi temor a lo desconocido era en ese momento muy grande. Había ocurrido algo asombroso, y vi que el capitán Norrys, un hombre más joven, más corpulento y presumiblemente más materialista por naturaleza, estaba tan afectado como yo, tal vez debido a su íntima familiaridad de toda la vida con la leyenda local. Por el momento no podíamos hacer otra cosa que observar al viejo gato negro mientras manoseaba con creciente fervor la base del altar, levantando de vez en cuando la vista y maullando hacia mí de esa manera persuasiva que utilizaba cuando deseaba que le hiciera algún favor.

Norrys tomó ahora una linterna cerca del altar y examinó el lugar donde el Hombre-Negro estaba manoseando; se arrodilló silenciosamente y raspó los líquenes de los siglos que unían el macizo bloque prerromano con el suelo teselado. No encontró nada, y estaba a punto de abandonar sus esfuerzos cuando noté una circunstancia trivial que me hizo estremecer, aunque no implicaba nada más de lo que ya había imaginado.

Se lo conté, y ambos contemplamos su casi imperceptible manifestación con la fijeza del descubrimiento y el reconocimiento fascinados. Era sólo esto: que la llama de la linterna colocada cerca del altar parpadeaba ligera pero ciertamente por una corriente de aire que no había recibido antes, y que provenía indudablemente de la grieta entre el suelo y el altar donde Norrys estaba raspando los líquenes.

Pasamos el resto de la noche en el estudio brillantemente iluminado, discutiendo nerviosamente lo que debíamos hacer a continuación. El descubrimiento de que alguna bóveda más profunda que la más profunda mampostería conocida de los romanos subyacía a esta pila maldita, alguna bóveda insospechada por los curiosos anticuarios de tres siglos, habría sido suficiente para excitarnos sin ningún fondo de lo siniestro. Así las cosas, la fascinación se convirtió en doble, y nos quedamos dudando si abandonar nuestra búsqueda y dejar el priorato para siempre por precaución supersticiosa, o gratificar nuestro sentido de la aventura y enfrentarnos a los horrores que pudieran esperarnos en las profundidades desconocidas.

Por la mañana ya habíamos llegado a un acuerdo y decidimos ir a Londres para reunir a un grupo de arqueólogos y científicos aptos para enfrentarse al misterio. Cabe mencionar que, antes de abandonar el subsuelo, habíamos intentado en vano mover el altar central, que ahora reconocíamos como la puerta a un nuevo pozo de miedo sin nombre. Qué secreto abriría la puerta, tendrían que encontrarlo hombres más sabios que nosotros.

Durante muchos días en Londres, el capitán Norrys y yo presentamos nuestros hechos, conjeturas y anécdotas legendarias a cinco eminentes autoridades, todos ellos hombres en los que se podía confiar para que respetaran cualquier revelación familiar que las futuras exploraciones pudieran desarrollar. Encontramos que la mayoría de ellos no estaban dispuestos a burlarse, sino que se mostraron intensamente interesados y sinceramente comprensivos. Apenas es necesario nombrarlos a todos, pero puedo decir que entre ellos se encontraba Sir William Brinton, cuyas excavaciones en la Troad entusiasmaron a la mayor parte del mundo en su día. Cuando todos tomamos el tren para Anchester, me sentí al borde de espantosas revelaciones, sensación simbolizada por el aire de luto

entre los numerosos norteamericanos ante la inesperada muerte del Presidente al otro lado del mundo.

La tarde del 7 de agosto llegamos al Priorato de Exham, donde los criados me aseguraron que no había ocurrido nada extraño. Los gatos, incluso el viejo Nigger-Man, se habían mostrado perfectamente plácidos, y no se había tendido ninguna trampa en la casa. Al día siguiente íbamos a comenzar la exploración, en espera de lo cual asigné habitaciones bien equipadas a todos mis invitados.

Yo mismo me retiré a mi propia habitación de la torre, con el Hombre-Negro a mis pies. El sueño llegó rápidamente, pero me asaltaron sueños horribles. Hubo una visión de un banquete romano como el de Trimalchio, con un horror en una bandeja cubierta. Luego vino esa cosa maldita y recurrente sobre el porquero y su sucia manada en la gruta crepuscular. Sin embargo, cuando me desperté era de día, con sonidos normales en la casa de abajo. Las ratas, vivas o espectrales, no me habían molestado; y el Hombre-Negro seguía tranquilamente dormido. Al bajar, comprobé que en el resto de la casa reinaba la misma tranquilidad; condición que uno de los sirvientes reunidos -un tipo llamado Thornton, dedicado a la videncia- atribuyó absurdamente al hecho de que ahora se me había mostrado lo que ciertas fuerzas habían querido mostrarme.

Todo estaba listo, y a las once de la mañana todo nuestro grupo de siete hombres, portando potentes reflectores eléctricos y herramientas de excavación, bajó al subsuelo y cerró la puerta tras nosotros. El Hombre-Negro estaba con nosotros, ya que los investigadores no encontraron ocasión de despreciar su excitabilidad, y de hecho estaban ansiosos de que estuviera presente en caso de que se produjeran oscuras manifestaciones de roedores. Observamos las inscripciones romanas y los diseños de altares desconocidos sólo brevemente, pues tres de los sabios ya

los habían visto y todos conocían sus características. Se prestó la máxima atención al trascendental altar central, y en menos de una hora Sir William Brinton había hecho que se inclinara hacia atrás, equilibrado por alguna especie desconocida de contrapeso.

Ahora se revelaba un horror que nos habría sobrecogido si no hubiéramos estado preparados. A través de una abertura casi cuadrada en el suelo de baldosas, que se extendía sobre un tramo de escalones de piedra tan prodigiosamente desgastado que era poco más que un plano inclinado en el centro, había un espantoso conjunto de huesos humanos o semihumanos. Los que conservaban su colocación como esqueletos mostraban actitudes de pánico, y sobre todos había marcas de roedores royendo. Los cráneos denotaban nada menos que la más absoluta idiotéz, el cretinismo o la primitiva semiaptitud.

Por encima de los infernales escalones se arqueaba un pasaje descendente que parecía cincelado en la roca sólida y que conducía una corriente de aire. Esta corriente no era un torrente repentino y nocivo como el de una bóveda cerrada, sino una brisa fresca con algo de frescura. No nos detuvimos mucho tiempo, sino que, temblando, empezamos a despejar el paso por los escalones. Fue entonces cuando Sir William, examinando las paredes talladas, hizo la extraña observación de que el pasaje, según la dirección de los golpes, debía haber sido cincelado desde abajo.

Ahora debo ser muy deliberado y elegir mis palabras. Después de bajar unos cuantos pasos entre los huesos roídos, vimos que había luz delante; no ninguna fosforescencia mística, sino una luz diurna filtrada que no podía provenir más que de fisuras desconocidas en el acantilado que daba al valle baldío. El hecho de que tales fisuras hubieran pasado desapercibidas desde el exterior no era de extrañar, ya que no sólo el valle está totalmente deshabitado, sino

que el acantilado es tan alto y escarpado que sólo un aeronauta podría estudiar su cara en detalle. Unos pocos pasos más y lo que vimos nos dejó literalmente sin aliento; tan literalmente que Thornton, el investigador psíquico, se desmayó en los brazos de los aturdidos hombres que estaban detrás de él. Norrys, con su cara regordeta totalmente blanca y flácida, se limitó a gritar inarticuladamente; mientras que yo creo que lo que hice fue jadear o silbar, y cubrirme los ojos.

El hombre que estaba detrás de mí -el único del grupo que era mayor que yo- repitió el manido "¡Dios mío!" con la voz más quebrada que jamás haya oído. De los siete hombres cultivados, sólo Sir William Brinton conservó la compostura, cosa que le honra aún más porque encabezaba el grupo y debía haber visto el espectáculo primero.

Era una gruta crepuscular de enorme altura, que se extendía más allá de lo que cualquier ojo podía ver; un mundo subterráneo de misterio ilimitado y horrible sugestión. Había edificios y otros restos arquitectónicos -en una mirada aterrorizada vi un extraño patrón de túmulos, un círculo salvaje de monolitos, una ruina romana de baja cúpula, una pila sajona que se extendía y un edificio de madera de los primeros tiempos de Inglaterra-, pero todos ellos quedaban empequeñecidos por el macabro espectáculo que presentaba la superficie general del terreno. A lo largo de varios metros alrededor de los escalones se extendía una maraña demencial de huesos humanos, o huesos al menos tan humanos como los de los escalones. Como un mar espumoso, se extendían, algunos caídos, pero otros total o parcialmente articulados como esqueletos; estos últimos invariablemente en posturas de frenesí daemónico, ya sea luchando contra alguna amenaza o agarrando otras formas con intención caníbal.

Cuando el Dr. Trask, el antropólogo, se detuvo a clasificar los cráneos, encontró una mezcla degradada que le desconcertó por completo. En su mayoría eran inferiores al hombre de Piltown en la escala de la evolución, pero en todos los casos eran definitivamente humanos. Muchos eran de un grado superior, y unos pocos eran cráneos de tipos supremamente desarrollados y sensibles. Todos los huesos estaban roídos, en su mayoría por ratas, pero algo por otros del tipo medio humano. Mezclados con ellos había muchos huesos diminutos de ratas, miembros caídos del ejército letal que cerraba la antigua epopeya.

Me pregunto si algún hombre entre nosotros vivió y mantuvo la cordura durante ese horrible día del descubrimiento. Ni Hoffman ni Huysmans pudieron concebir una escena más increíble, más frenéticamente repelente, o más góticamente grotesca que la gruta crepuscular por la que los siete nos tambaleamos; cada uno tropezando con una revelación tras otra, y tratando de evitar por un momento pensar en los eventos que debieron tener lugar allí hace trescientos, o mil, o dos mil o diez mil años. Era la antesala del infierno, y el pobre Thornton volvió a desmayarse cuando Trask le dijo que algunos de los esqueletos debían de haber descendido como cuadrúpedos a través de las últimas veinte o más generaciones.

El horror se apiló sobre el horror cuando empezamos a interpretar los restos arquitectónicos. Los cuadrúpedos -con sus ocasionales reclutas de la clase bípeda- habían sido mantenidos en corrales de piedra, de los que debieron salir en su último delirio de hambre o miedo a las ratas. Habían existido grandes rebaños de ellos, evidentemente engordados con los toscos vegetales cuyos restos podían encontrarse como una especie de ensilaje venenoso en el fondo de los enormes contenedores de piedra más antiguos que Roma. Ahora sabía por qué mis antepasados habían tenido jardines

tan excesivos; ¡ojalá pudiera olvidarlo! No tuve que preguntar el propósito de los rebaños.

Sir William, de pie con su reflector en la ruina romana, tradujo en voz alta el ritual más espeluznante que jamás he conocido; y contó la dieta del culto antediluviano que los sacerdotes de Cibeles encontraron y mezclaron con la suya. Norrys, acostumbrado como estaba a las trincheras, no podía caminar derecho cuando salió del edificio inglés. Era una carnicería y una cocina -lo había esperado-, pero era demasiado ver utensilios ingleses conocidos en un lugar así, y leer allí grafitis ingleses conocidos, algunos tan recientes como 1610. No podía entrar en aquel edificio, cuyo demonio de actividades sólo fue detenido por la daga de mi antepasado Walter de la Poer.

En lo que sí me aventuré a entrar fue en el bajo edificio sajón cuya puerta de roble se había caído, y allí encontré una terrible hilera de diez celdas de piedra con barrotes oxidados. Tres tenían inquilinos, todos ellos esqueletos de alto grado, y en el huesudo dedo índice de uno encontré un anillo de sello con mi propio escudo. Sir William encontró una bóveda con celdas mucho más antiguas debajo de la capilla romana, pero estas celdas estaban vacías. Debajo de ellas había una cripta baja con cajas de huesos formalmente dispuestas, algunas de ellas con terribles inscripciones paralelas talladas en latín, griego y la lengua de Frigia.

Mientras tanto, el doctor Trask había abierto uno de los túmulos prehistóricos, y había sacado a la luz cráneos un poco más humanos que los de un gorila, y que llevaban tallas ideográficas indescriptibles. A través de todo este horror, mi gato acechaba imperturbable. Una vez lo vi monstruosamente encaramado en lo alto de una montaña de huesos, y me pregunté por los secretos que podrían esconderse tras sus ojos amarillos.

Habiendo comprendido hasta cierto punto las espantosas revelaciones de esta zona crepuscular -una zona tan horriblemente presagiada por mi sueño recurrente- nos dirigimos a esa profundidad aparentemente ilimitada de la caverna de medianoche, donde ningún rayo de luz del acantilado podía penetrar. Nunca sabremos qué mundos estigios sin vista bostezan más allá de la pequeña distancia que recorrimos, pues se decidió que tales secretos no son buenos para la humanidad. Pero había mucho para absorbernos de cerca, pues no habíamos ido muy lejos antes de que los reflectores mostraran esa maldita infinidad de fosas en las que las ratas se habían dado un festín, y cuya repentina falta de reabastecimiento había llevado al voraz ejército de roedores primero a volverse contra los rebaños vivos de cosas hambrientas, y luego a estallar desde el priorato en esa histórica orgía de devastación que los campesinos nunca olvidarán.

Dios, esos pozos negros de carroña, de huesos cortados y cráneos abiertos. ¡Esos abismos de pesadilla ahogados con los huesos pithecanthropoides, celtas, romanos e ingleses de incontables siglos profanos! Algunos de ellos estaban llenos, y nadie puede decir cuán profundos habían sido alguna vez. Otros seguían sin fondo para nuestros reflectores, y estaban poblados por fantasías innombrables. ¿Qué sería, pensé, de las desventuradas ratas que tropezaban con tales trampas en medio de la negrura de sus búsquedas en este espantoso Tártaro?

En una ocasión, mi pie resbaló cerca de un horrendo borde boscoso, y tuve un momento de miedo extático. Debí de estar reflexionando mucho tiempo, porque no pude ver a nadie del grupo, salvo al regordete capitán Norrys. Entonces se oyó un sonido procedente de esa distancia más lejana, sin límites, que yo creía conocer, y vi a mi viejo gato negro pasar a mi lado como un dios egipcio alado, directamente hacia el golfo ilimitado de lo

desconocido. Pero yo no estaba muy lejos, pues no había duda después de otro segundo. Era el escarceo eldritch de esas ratas nacidas del demonio, siempre en busca de nuevos horrores, y decididas a guiarme incluso hasta esas cavernas sonrientes del centro de la tierra donde Nyarlathotep, el loco dios sin rostro, aúlla ciegamente en la oscuridad al son de dos amorfos idiotas que tocan la flauta.

Mi reflector expiró, pero aún así corrí. Oí voces, aullidos y ecos, pero por encima de todo se alzaba suavemente ese impío e insidioso correteo; subiendo suavemente, subiendo, como un cadáver rígido e hinchado sube suavemente por encima de un río aceitoso que fluye bajo los interminables puentes de ónice hacia un mar negro y pútrido.

Algo chocó contra mí, algo blando y regordete. Deben haber sido las ratas; el ejército viscoso, gelatinoso y voraz que se da un festín con los muertos y los vivos. . . . ¿Por qué las ratas no deberían comer a un de la Poer como un de la Poer come cosas prohibidas? . . . La guerra se comió a mi hijo, malditos sean. . . y los yanquis se comieron a Carfax con las llamas y quemaron a Grandsire Delapore y el secreto. . . . No, no, te digo que no soy ese demonio porquero de la gruta crepuscular. ¡No era la cara gorda de Edward Norrys en esa cosa fofa! ¿Quién dice que soy un de la Poer? ¡Él vivió, pero mi hijo murió! . . . ¿Un Norrys puede tener la tierra de un de la Poer? . . . Es vudú, te digo . . . esa serpiente manchada. . . ¡Maldito seas, Thornton, te enseñaré a desmayarte por lo que hace mi familia! . . . 'Sblood, thou stinkard, I'll learn ye how to gust. . . wolde you swynke me thilke wys? . . . ¡Magna Mater! ¡Magna Mater! . . . Atys... ¡Dia ad aghaidh's ad aodaun . . agus bas dunarch ort! ¡Dhonas 's dholas ort, agus leat-sa! . . . Ungl unl . . rrlh . . chchch . .

Esto es lo que dicen que dije cuando me encontraron en la negrura después de tres horas; me encontraron agachado en la negrura sobre el cuerpo regordete y medio comido del capitán Norrys, con mi propio gato saltando y desgarrando mi garganta. Ahora han volado el Priorato de Exham, me han quitado a mi Hombre-Negro y me han encerrado en esta habitación enrejada de Hanwell con temibles susurros sobre mi herencia y experiencia. Thornton está en la habitación de al lado, pero me impiden hablar con él. También intentan suprimir la mayoría de los hechos relacionados con el priorato. Cuando hablo del pobre Norrys me acusan de esa cosa horrible, pero deben saber que yo no lo hice. Deben saber que fueron las ratas; las ratas escurridizas cuyo correteo nunca me dejará dormir; las ratas demonio que corren detrás del acolchado de esta habitación y me hacen señas para que baje a horrores más grandes de los que he conocido; las ratas que nunca pueden oír; las ratas, las ratas de las paredes.